

Repensar la violencia

Tres propuestas para el siglo XXI

NELSON ARTEAGA BOTELLO

A principios del presente siglo se han publicado distintos trabajos alrededor del problema de la violencia. Desde diferentes perspectivas se han considerado sus causas y efectos sugiriéndose mecanismos y dispositivos para tratar de evitar su emergencia o contener su expansión. Por ejemplo, las nuevas formas que ha adquirido el terrorismo y las políticas para hacerle frente, han generado aproximaciones desde distintos ámbitos: la sociología, la antropología y la ciencia política (Lyon, 2003). Gray (2004) desde la ciencia política apunta que debido al terrorismo, el Estado se ha tenido que reconfigurar en la medida en que ha perdido capacidad de control tanto de la población como del territorio generando una violencia creciente, incluso sobre la población civil, por su necesidad de evitar la expansión de las redes de terrorismo global. Desde la antropología, y pensando también en los actos de terrorismo de principios del presente siglo,

Augé (2002) ha puesto particular atención al hecho de sus efectos simbólicos. Efectivamente, como este autor señala, el hombre es un animal simbólico y, por tanto, necesita establecer relaciones de lenguaje y pensamiento con otras personas. Cuando el lenguaje es sustituido por imágenes y estereotipos, "...la relación simbólica deja de ser posible y aparece la violencia" (Augé, 2002: 37). Incluso los actos terroristas han llevado a la construcción de teorías más radicales, como la que sostiene el sociólogo Baudrillard (2003), que apuntan a señalar que la violencia terrorista lleva a pensar la idea de violencia hasta el extremo de disolverla. En la medida en que la violencia es un intercambio, el terror que se ha dibujado después del 11/9 se ha orientado a poner la violencia por la violencia más allá de su fin: regenerar el sistema social dotándolo de un sentido. Con la violencia terrorista actual la violencia fractura todo referente político, cultural y social que proporcione un senti-



TEORÍA

Repensar la violencia

do al sistema social. De esta manera, la violencia apunta hacia el fin de lo social como referente de construcción simbólico.

Hasta cierto punto es ya común referir en estos estudios que la violencia es el resultado de distintos factores, los cuales pueden ser circunscritos al ámbito de la esfera del cálculo o la elección racional, lo que sugiere la emergencia de la violencia como un medio para obtener un fin determinado: ganar o mantener el poder sobre algo o alguien. También puede entenderse como el resultado de cierta cultura o ideología que justifica el ejercicio de la violencia sobre otros, ya sea por su condición social, raza, etnia y género. Finalmente, la violencia puede entenderse como el resultado de un cierto cambio en las estructuras sociales que conlleva al desajuste del ambiente de acción en el que normalmente desarrollan su vida los individuos y grupos sociales. Tal es el caso, por ejemplo, de los procesos de modernización, el desgaste de la autoridad, así como la expansión en años recientes de la globalización (Besteman, 2001).

En el caso particular de la sociología a veces pareciera que estas interpretaciones pueden acumularse de tal manera que permiten ir articulando, como un rompecabezas, una interpretación general de la violencia (Bienen, 1968; Rule, 1988; Shoemaker, 1990). En cierta medida esto puede ser posible aunque regularmente no se puede dar una imagen integrada a partir de la recolección de perspectivas, interpretaciones y evidencias que se obtienen de teorías tan distintas. No obstante, lo cierto es que los esfuerzos por dar cuenta desde una perspectiva multi-teórica, interdisciplinaria, transdisciplinaria o multidisciplinaria, no permiten en casi todos los casos dar cuenta de las oposiciones y las contradicciones que las teorías y las disciplinas tienen entre sí al momento de explicar la violencia. En este sentido, ya sea a través de ofrecer modelos sintéticos que incorporan diversos niveles y escalas de análisis, o de dar cuenta de distintos factores que producen la violencia, lo único que se obtiene regularmente, apunta Castel

(2003), es una mezcla de géneros que deriva en una confusión enorme de los planos de análisis y que lleva a la obtención de yuxtaposiciones de análisis e impresiones, más que a una explicación clara del fenómeno.

Es en este sentido que el presente trabajo realiza una revisión –sin duda breve– de tres propuestas teóricas sobre la violencia que renuncian a la pretensión de llevar a cabo tanto una síntesis de otras teorías en una más amplia, como alcanzar una visión desde lo inter, intra y multidisciplinar. Por el contrario buscan el desarrollo de una teoría distinta a partir de su propia evaluación de lo que denominan como las teorías sociológicas clásicas sobre la violencia. Las tres propuestas teóricas que se analizan son aquellas vinculadas al trabajo que realizan de forma particular los sociólogos Hans Joas, Michel Wieviorka y el sociólogo historiador Charles Tilly¹. Cada uno representa, a su manera, una herencia teórica y un espacio de pensamiento particular ligado al desarrollo de una tradición sociológica específica: la alemana, la francesa y la anglosajona que se refleja, hasta cierto punto, en la diversidad del abordaje del problema de la violencia. Hans Joas se encuentra, por ejemplo, muy ligado a cierta tradición del pragmatismo americano –William James, John Dewey, George Herbert Mead–, pero desarrollando un pensamiento propio orientado a entender la acción humana en su creatividad y cómo esto afecta la comprensión de las sociedades; una perspectiva que le aleja de las visiones normativas y de la acción racional, las cuales consi-

¹ Valga hacer una aclaración en este punto sobre el repaso de las propuestas de los autores que aquí se trabajan. La exposición sobre sus teorías se hace sin la pretensión de ser exhaustiva, se centra en los puntos que se consideran como esenciales, tomando en consideración el diagnóstico que hacen de las teorías sociológicas clásicas de la violencia y que constituye el espacio teórico que ellos construyen. De esta manera el trabajo no pretende ser un documento profundo sobre la construcción teórica de Joas, Tilly y Wieviorka, sino un mapa de orientación general que haga visible el camino por donde se orientan los grandes trazos de la reflexión sociológica contemporánea sobre la violencia.

dera como inadecuadas para la comprensión de la acción en sociología. Mientras tanto, Michel Wieviorka ha planteado sus posiciones teóricas desde un punto muy cercano a Alain Touraine, centrando sus análisis en torno a la construcción de los sujetos y sus subjetividades, en particular en el caso de la violencia terrorista. Finalmente, Charles Tilly ha desarrollado una perspectiva sociológica que pone un acento particular en la historia; en este sentido su trabajo se enfoca a analizar el cambio social desde una visión de larga duración en su relación con el conflicto político y la violencia, en especial aunque no exclusivamente, en Europa.

Sin pretender hacer una revisión pormenorizada de su obra, el presente documento se aboca a repasar la propuesta teórica de cada uno de ellos a partir de un libro específico. En el caso de Joas, *Kriege und Werte* –publicado en el año 2000 en su edición alemana–; Tilly, *The politics of collective violence* que apareció en el 2003; y Wieviorka, *La violence* que sale a la luz en 2004. Trabajos que destacan, en primera instancia, por haberse escrito en los primeros cuatro años del presente siglo². Pero la razón de esta selección no sólo se basa en el hecho de que estos textos salen a la luz pública en un periodo muy acotado de tiempo, sino que cada uno de los autores considera que su texto representa, en cierta medida, una ruptura con los trabajos que venían desarrollando con anterioridad –es el caso de Tilly–, o es el resultado y culminación de años de trabajo y, en ese orden, una especie de recapitulación que articula su posición –es el caso de Wieviorka y Joas–³.

² Se hace referencia al año de publicación de estos libros en su lengua original. Para la realización de este trabajo se utilizaron las versiones en inglés y francés de los textos de Tilly y Wieviorka de los cuales no existe hasta el momento de la redacción de este documento una traducción al castellano. Del libro de Joas se utiliza la versión castellana publicada en 2005.

³ Para revisar otros trabajos vinculados a la violencia por parte de estos tres autores remitimos a Joas (1999; 2000), Tilly (1978; 1986) y Wieviorka (1988; 1999).

El objetivo del presente documento es observar cuál es, en un primer momento, la evaluación que estos tres autores hacen de las teorías sociológicas que tradicionalmente han tratado de explicar y comprender la violencia. En un segundo momento, se explora la propuesta particular que emana de esa evaluación, con el fin de observar qué caminos abren al examen de la violencia. Finalmente, se intenta reparar en las similitudes y diferencias entre dichas propuestas teóricas y las implicaciones generales que ello tiene en el desarrollo del análisis de la violencia. El argumento central de este trabajo es que dichas teorías proponen como punto medular de su análisis el papel de la acción de los sujetos en el examen de la violencia; sin embargo, difieren en la manera de visualizar la acción, abriendo campos de análisis diferentes que es necesario tomar en consideración. En este sentido, el trabajo se divide en cuatro partes: en la primera, segunda y tercera parte se exponen los planteamientos de Joas, Tilly y Wieviorka respectivamente, siguiendo en cada caso particular su evaluación sobre las perspectivas sociológicas clásicas de la violencia y cómo derivan de dicha evaluación su propia teoría; en la cuarta parte se hace una reflexión muy general sobre los campos comunes que comparten y aquellos en los que divergen, así como las implicaciones que esto tiene en la investigación sobre la violencia.

LA CREATIVIDAD DE LA VIOLENCIA: HANS JOAS

Joas (2005) distingue dos tipos tradicionales de explicación sobre la violencia. El primero –según él– explora las características socioestructurales de aquellos que llevan a cabo actos de violencia, por tanto ésta es percibida como una especie de reacción de los sujetos a un ambiente social hostil que los mantiene fuera del beneficio de ciertos bienes y satisfactores como la educación, el empleo, un ingreso digno, así como el acceso a determinados espacios de

TEORÍA

Repensar la violencia

consumo. De esta forma se resalta el hecho de que la violencia es realizada por personas marginadas o excluidas que actúan en reacción frente a aquellos que consideran sus opresores y que son responsables de su situación. La acción violenta, apunta Joas, se ve como el resultado “lógico” de un mecanismo de repulsión que, en las versiones más extremas, obliga al sujeto a desencadenar este tipo de expresiones como la única manera de hacer escuchar su situación.

El segundo tipo de explicación aborda, para Joas, los actos violentos como el resultado de la existencia de determinados valores o, incluso, como si la carencia de éstos la produjera. Aquí se responsabiliza por una parte a cierta cultura de la violencia arraigada en una supuesta tradición o espíritu de un pueblo o grupo social, de tal suerte que las explicaciones de este tipo remiten a las supuestas propensiones de

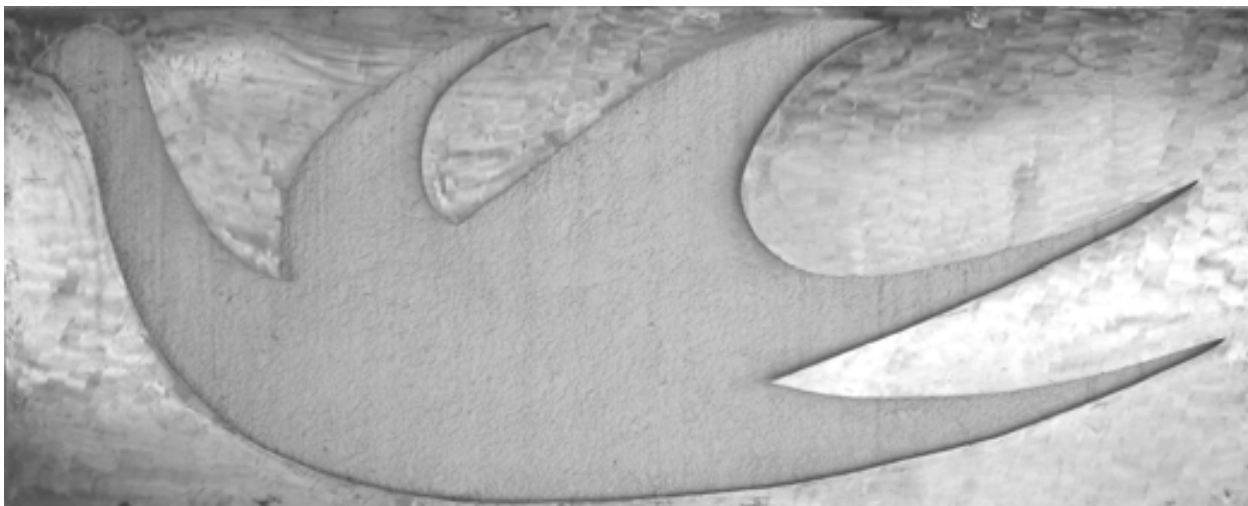
determinados sectores sociales a la violencia más que al diálogo y la resolución de los conflictos de forma pacífica. Sin embargo, también se responsabiliza al cambio en las formas culturales y los valores de producir un debilitamiento del orden social tradicional, la permisibilidad de comportamientos o la falta de ideales que crea un sentimiento de vacío que se llena a veces recurriendo a una supuesta violencia sin sentido.

Si bien este tipo de interpretaciones logra, como apunta Joas, clarificar algunas interpretaciones sobre la violencia, ambos tipos de explicación –los que remiten a las características socioestructurales y culturales– se quedan con sus diferentes variaciones

... relativamente mudas cuando se trata de saber en qué momento se produjo la irrupción de la violencia, así como la dinámica interna del hecho violento o la extensión del mismo [...] En estos dos tipos de explicación se abordan cuestiones relacionadas principalmente con las tensiones estructurales (de carácter socioestructural o cultural), y se da por supuesto que éstas deberían convertirse repentinamente, en un determinado momento, en una acción colectiva y que el punto temporal a explicar describe precisamente a éste (Joas, 2005: 254).

En este sentido, Joas sugiere que para superar este escollo conviene reparar en los fenómenos espontáneos de violencia colectiva para centrar la mirada en la forma en que emergen y se desarrollan este tipo de acciones. No obstante el autor no remite entonces a un modelo racional de tipo utilitario, más bien considera fijar la atención en el carácter creativo de la violencia. Tomando como punto de partida el modelo cultural o valorativo se plantea superarlo a partir de observar cómo la acción de la violencia es el resultado de emplear normas y valores en situaciones de acción concretas. En otras palabras, Joas remite al análisis del carácter intencional de la acción humana, a la corporeidad específica así como a

La acción violenta, apunta Joas, se ve como el resultado “lógico” de un mecanismo de repulsión que, en las versiones más extremas, obliga al sujeto a desencadenar este tipo de expresiones como la única manera de hacer escuchar su situación.



la capacidad humana para la acción. Para él estas tres dimensiones:

...-la dinámica de la fijación de objetivos, la dialéctica del control y la liberación corporal y el anhelo de revitalización en la experiencia individual o colectiva de la trascendencia personal- son esenciales para la comprensión de la multiplicidad de las acciones individuales, y con más razón aún para una reconstrucción adecuada de los procesos dinámicos de la acción colectiva” (Joas, 2005: 256).

Para llevar a cabo esta línea de análisis de la violencia es necesario, en el caso de este autor, observar la escalada de construcción de la violencia, para lo cual sugiere retomar las perspectivas simbólico-interaccionistas que permiten observar cómo se van articulando los procesos que llevan al desenlace de la violencia colectiva. Esto implica prestar atención tanto a la escalada interpersonal de la violencia como a la dinámica intrapersonal. Se trata en un primer momento de observar cómo los individuos de forma particular y colectiva emplean las normas y los valores en situaciones específicas y, en un segundo momento, preguntarse acerca de la emergencia

de los valores orientados a la acción propiamente dicha. En este sentido, si la orientación a valores en tales situaciones no es deductivamente posible, sino que exige contribuciones creativas propias al sujeto o los sujetos, y si además los compromisos de valor no pueden cumplirse de manera intencional, sino a cambio de experiencias afectivas robustas, entonces el espacio de la violencia queda abierto para visualizar las acciones desde un modelo basado en la creatividad de la acción (Joas, 2005). De esta forma, los actos violentos deben entenderse con las mismas categorías que otros actos creativos y no como acciones que deben enmarcarse en el ámbito de la anomia, entenderse como manifestaciones que resultan de una cultura o tradición, así como por regresiones que atentan contra las formas reguladas de convivencia social.

Así Joas (2005) parece alejarse, por un lado, de las perspectivas culturales y socioestructurales, además de aquellas perspectivas racionalistas. Su propuesta está en centrar los estudios de la violencia en la forma y la manera en que se instituye cierta identidad de la acción violenta proveniente de las normas y valores culturales, pero que no resulta en ningún momento en un mecanismo automático, sino

TEORÍA

Repensar la violencia

que responde a la capacidad creadora de la identidad de las experiencias violentas de los seres humanos. La tradición simbólico-interaccionista que sugiere se mire para desentrañar el cómo y por qué de la violencia, debe hacerse guardando distancia para concentrar la mirada en la mera situación y verter en ella un mayor peso histórico, permitiendo observar cómo la escalada de violencia es la respuesta a relaciones previas de tensión y conflicto, y no tanto el resultado de una conflagración aislada.

MECANISMOS Y PROCESOS DE LA VIOLENCIA: CHARLES TILLY

Al igual que Joas, Tilly (2003) trata de fundamentar su propuesta de análisis de la violencia a partir de la crítica de lo que significa su análisis tradicional desde su perspectiva. Tilly considera que existen tres visiones sobre las cuales se ha conformado la explicación de la violencia. La primera subraya el hecho de que las ideas resultan centrales en la conformación de acciones humanas violentas: creencias, conceptos, reglas, metas y valores de su entorno. Son estos aspectos los que de alguna manera impulsan la emergencia de acciones violentas, ya sea de forma individual o colectiva. Tilly señala que según esta perspectiva, las ideas pueden ser compartidas por un conjunto amplio de la sociedad y resultar como consecuencia la conformación de una especie de cultura de la violencia. Quienes parten de este modelo sugieren entonces que para frenar la violencia sería conveniente tratar de eliminar las ideas destructivas para que ni los individuos ni las colectividades se alimenten de ellas. Una segunda perspectiva de la violencia, sostiene Tilly, considera que ella es el resultado de ciertos comportamientos de las personas frente a motivos, impulsos y oportunidades. En términos generales desde esta perspectiva se cree que la violencia se encuentra vinculada a la satisfacción de ciertas necesidades, incentivos de dominación, explotación, respeto o seguridad. Esta última perspectiva se fun-

damenta en cierta idea economicista que parte del supuesto de que la violencia es una forma particular de adquirir bienes y servicios de todo tipo. Desde este eje de análisis –considera Tilly (2003)– se cree que las formas de frenar las acciones violentas de tipo individual y colectivo se deben fundamentar a partir de controlar las motivaciones o generar oportunidades institucionalizadas para regular y expresar dichos motivos. Finalmente, para Tilly una tercera explicación sobre la violencia se adhiere al examen de las relaciones que establecen los individuos entre sí. Este modelo parte del supuesto de que los humanos desarrollan personalidades y prácticas a través del intercambio con otros humanos, y estos intercambios implican ciertos grados de negociación y creatividad. Es precisamente en estos intercambios que las tensiones en la negociación pueden desembocar en acciones de tipo violento. Quienes tienen como central esta perspectiva, consideran que un dique efectivo para evitar la violencia se encuentra en la manera en que se pueden regular estas relaciones que día a día llevan los individuos en los distintos ámbitos de la vida diaria.

Para Tilly (2003) cada una de estas perspectivas permite explorar hasta cierto punto las causas de la violencia. En este sentido no cree que puedan ser consideradas como erróneas, aunque sí limitadas porque acentúan demasiado un aspecto vinculado a la constitución de las acciones violentas, olvidando la capacidad explicativa de las otras. Propone por tanto una forma particular de articularlas: la interacción social. Sobre este punto se puede dar cuenta de las causas de distintas formas de violencia colectiva, en la medida en que son los mecanismos de interacción los que permiten observar cómo se articulan en un espacio particular las ideas, las relaciones y los comportamientos constituidos en una sociedad. Por ejemplo, permite clarificar cómo una idea que promueve la violencia se transforma en una participación directa de individuos y colectividades que la hacen realidad. Para entender la emergencia de la

violencia a partir de la interacción social Tilly (2003) sugiere introducir los conceptos de mecanismos y procesos de la violencia. Entiende por mecanismos “causas en escalas pequeñas” (Tilly, 2003: 20) que hacen posible una mejor apreciación de los detonantes de la violencia y que desplazan las interpretaciones que la vinculan a “grandes causas” como la pobreza, la cultura y las tradiciones –de igual forma la apelación a factores tales como la frustración y la competencia por recursos–. En este sentido, los procesos son “combinaciones y secuencias de mecanismos que producen efectos similares a través de amplios espectros de circunstancias” (Tilly, 2003: 21).

Existen tres tipos de mecanismos: los ambientales, que se refieren a las relaciones entre el contexto ecológico y social que permite la organización de la violencia –sequías o el abastecimiento de una guerrilla o grupo subversivo–; los cognitivos, que operan a través de las alteraciones de las percepciones colectivas e individuales –por ejemplo, cuando un grupo en el transcurso de una batalla con otros grupos cambia su visión de quiénes son sus enemigos y sus aliados–; y, finalmente, los mecanismos relacionales, que regularmente permiten apreciar la transferencia de conexiones entre las unidades sociales –cuando, por ejemplo, la alianza entre un líder guerrillero con un líder de un gobierno extranjero transforma las relaciones de la lucha civil–. Los mecanismos relacionales pueden ser de dos tipos: los que permiten la activación de fronteras o clausuras entre grupos, conformando un “nosotros y ellos”: amigos y enemigos, blancos y negros, puros e impuros; y los que permiten la intermediación precisamente entre los grupos tanto aliados como enemigos. Cuando habla de procesos, Tilly considera que pueden ser de dos tipos: los procesos de polarización y los de intermediación. Los primeros remiten a la exacerbación de la diferencia entre “ellos y nosotros”, incrementando el conflicto y la tensión entre las fronteras de ambos, y donde las partes esperan cualquier oportunidad para actuar de forma violenta. Los segundos refieren al momento

en que un conjunto de actores, varios líderes guerrilleros, por ejemplo, producen vínculos previamente desarticulados.

El análisis de los episodios de violencia a través de los mecanismos y los procesos que los originan hace posible, según Tilly (2003), observar variaciones significativas de la violencia a través del tiempo, de lugares y contextos sociales, en la medida en que muestran cómo las dinámicas de las interacciones interpersonales transforman creencias, inhibiciones y sentimientos en el curso de la violencia colectiva. Esto permite identificar a su vez los procesos sociales que facilitan y limitan los medios para desarrollar la violencia, clarificando las categorías que permiten observar cómo a pequeñas escalas la construcción de las diferencias sociales por género, raza, etnia o religión, justifican el despliegue de la violencia hasta el punto que se articulan a una mayor escala con rituales de violencia, destrucciones coordinadas, peleas y ataques dispersos.

LA VIOLENCIA Y LA MARCA DEL SUJETO: MICHEL WIEVIORKA

Wieviorka (2004) plantea, por su parte, que la violencia ha sido interpretada a través de tres grandes modelos. El primero tiende a observar la violencia como el resultado de cierta idea de crisis social (económica, política, cultural), que se encuentra ligada a la producción de algún tipo de frustración de los individuos y colectividades. El segundo modelo explica la violencia como un medio útil al que se recurre para hacerse de bienes y servicios de todo tipo y al cual se recurre cuando son pocas las expectativas de hacerse de éstos por medios no violentos. Finalmente, el tercer modelo explica la violencia por el peso específico que tiene la cultura en la producción de la personalidad individual y colectiva de una sociedad, por ejemplo, personalidades autoritarias, una cultura de la violencia, así como violencia cultural. En cierta medida el primer modelo reenvía a las nociones

TEORÍA

Repensar la violencia



de crisis y cambio, así como a la reacción ante la crisis, o si se prefiere a conductas de crisis. La violencia en esta perspectiva se explica “...por el estado de un sistema, su funcionamiento y su disfuncionalidad, sus transformaciones, más que por el autor, el cual en todo caso será visualizado subrayando sus frustraciones” (Wieviorka, 2004: 145). El segundo modelo, en contraste, es muy diferente en la medida en que se “...centra sobre el autor y asimila la violencia a un recurso que moviliza para alcanzar sus fines; el análisis subraya los cálculos, las estrategias y la racionalidad de la violencia instrumental” (Wieviorka, 2004: 145). El tercer modelo remite la violencia a una cultura que se transcribe en una personalidad, en una cierta “naturaleza de un pueblo” o “clase”. Las interpretaciones clásicas de la sociología, concluye Wieviorka, se encuentran sostenidas por estos tres soportes: los soportes sistémicos, las lógicas del autor y la influencia de la cultura.

De esta forma, estas perspectivas clásicas permiten apreciar ciertos aspectos de la violencia aunque ocultan otros. En particular Wieviorka (2004) pone un énfasis específico en el hecho de que las perspectivas desde los soportes sistémicos y culturales dejan al actor como una especie de epifenómeno que no hace más que responder a las condicionantes en las que se encuentra sumergido, mientras que en el caso de la perspectiva instrumental, el actor es reducido a una variante del *homo economicus*, limitado a sus cálculos, estrategias e intereses. Ninguno o muy poco de estos modelos toca, en el sentido de la acción, las orientaciones que la violencia viene a poner en forma o designar. Según este autor es necesario:

...explorar los procesos y los mecanismos por los que se forma y pasan al acto los protagonistas de la violencia, individual o colectiva, considerarlo en tanto que sujeto, al menos virtual, para observar en tanto sea posible el trabajo que

él produce sobre sí mismo, y que se concreta, según el caso, y en función del contexto o la situación, hacia la pérdida del sentido, el no-sentido, hacia la expresión de una crueldad desbocada o, aún más, hacia lógicas dominadas por una subjetividad sin fronteras (Wieviorka, 2004: 218).

En este sentido, sugiere desplazar el sujeto al centro del análisis, acentuando por un lado la heterogeneidad de modalidades y de significaciones de la violencia, y por el otro subrayar las distintas formas de relación entre ésta y el sujeto. Con esto intenta superar el hecho de que la mayoría de las aproximaciones clásicas de la violencia han tenido en común no hacer intervenir, sino dejar al margen, los procesos de *subjetivización* y de *desubjetivización* que necesariamente caracterizan a los protagonistas de la violencia. Este señalamiento es "...una invitación a teorizar la violencia colocando al *sujeto* en el corazón del análisis" (Wieviorka, 2004: 220). Desde esta perspectiva se debe comenzar por explorar no tanto las manifestaciones de la violencia, sino de dónde procede; es decir, de una subjetividad puesta de cara, de una u otra manera, hacia la realidad que vive. Wieviorka sugiere cinco figuras del sujeto en relación a la violencia: el sujeto flotante, el hipersujeto, el no-sujeto, el anti-sujeto y el sujeto superviviente. El primero que remite al sujeto que no encuentra los lugares de sentido que le permiten transformarse en actor; el segundo, que sobrecarga sus conductas de significación nuevas; el tercero, que muestra al sujeto como un actor enteramente determinado en sus conductas por orientaciones que le son más o menos impuestas por un poder al que tiene que someterse; el cuarto, llamado anti-sujeto, es el que desubjetiviza al otro, lo hace instrumento de su crueldad sin límite: es la violencia por la violencia, como un fin en sí mismo; mientras el quinto, refiere al sujeto que ejerce la violencia como mecanismo de defensa donde la vida depende del ejercicio de la violencia contra el otro, por ejemplo, la disyuntiva "es mi vida o la del agresor" (Wieviorka, 2004).

LA SOCIOLOGÍA DE LA VIOLENCIA HOY

Una vez que se ha realizado esta rápida revisión sobre las perspectivas teóricas de la violencia, ¿qué similitudes y diferencias se pueden encontrar en ellas? En primer lugar, las perspectivas teóricas sobre la violencia que se han presentado hasta aquí coinciden en el hecho de que no plantean acercarse a la comprensión y explicación de la violencia a través de una vuelta a la gran teoría, a un solo modelo interpretativo que abarque a las demás teorías o que propongan un pluralismo acrítico que sugiera una supuesta convivencia democrática de las mismas en una especie de invitación a considerar como criterio de reflexión la demagogia de la pluralidad teórica (Lahire, 2005).

Ciertamente las propuestas teóricas revisadas sugieren una crítica a ciertos modelos tradicionales de aproximación a la violencia. En todos ellos existe un cuestionamiento a la idea utilitaria y racionalista de la violencia. Hablan de un agotamiento de estas escuelas sociológicas. También sugieren, de forma más o menos explícita, que ello no debe llevar a sustituir las por la multiplicidad de verdades fundadas en un pluralismo carente de crítica, que propugna por una aparente convivencia democrática de las teorías donde "todo se vale". En gran medida porque una posición de este tipo tiene como resultado la falta de comunicación y el ostracismo disciplinar, al considerar que cualquier teoría es pertinente y adecuada para no importa que estudio de la violencia y que, pese a las contradicciones que se pueden encontrar al trabajar un mismo campo de la realidad, esto no es importante porque cada una trabaja con una mirada distinta que debe ser respetada.

Tampoco en las propuestas presentadas aquí se deja ver que las distintas corrientes sociológicas clásicas que critican deban plantearse como complementarias. Son precavidos como para dejarse seducir por los modelos multidisciplinares, transdisciplinares e interdisciplinares. Próximos a la idea de que

Joas, Tilly y Wieviorka optan por separarse de las perspectivas centradas en el modelo culturalista, socioestructural o lo que se podría denominar, en términos más generales, las perspectivas hipersociologizantes que dejan un espacio muy reducido a la acción.

la sociología es una disciplina constituida como un conjunto de aparatos conceptuales de descripción y de interpretación del mundo, más que como marcos de enunciados nomológicos y de reglas que permiten representar hechos (Quéré, 2004), escapan a la mezcla de géneros y a la confusión de los planos de análisis que sólo llevan a la obtención de yuxtaposiciones de análisis e impresiones. Ciertamente hacen intervenir diferentes perspectivas en la propuesta central que ellos sugieren; no obstante construyen previamente un registro homogéneo de comprensión que hace posible confrontar las perspectivas, preguntarse por sus diferencias y tratar de hilar los puntos de congruencia. En otras palabras, generan un discurso teórico sobre la violencia que tiene su propio rigor y coherencia.

La línea de registro que construye la propuesta de Joas, Tilly y Wieviorka se centra en la teoría de

la acción. Efectivamente, los tres optan por separarse de las perspectivas centradas en el modelo culturalista, socioestructural o lo que se podría denominar, en términos más generales, las perspectivas hipersociologizantes que dejan un espacio muy reducido a la acción (Dubet, 1994). Sin embargo, esto no lleva a los autores a adscribirse al modelo de la elección racional, sino a ejes de construcción teórica que sugieren centrarse en el individuo, el actor o el sujeto. Las vías de argumentación que abren se dirigen en diferentes sentidos, haciendo de cada propuesta un horizonte de trabajo particular. En primer término, Joas plantea cómo se instituye la identidad de la acción de forma creativa a partir de las normas y valores en función de la capacidad de las experiencias de los individuos en los fenómenos espontáneos de violencia colectiva. En segundo lugar, Tilly señala que el aspecto central que se debe de subrayar es cómo los sujetos en los procesos de interacción generan variaciones de la violencia que facilitan y limitan los medios para desarrollarla. En tercer lugar, Wieviorka plantea cómo los procesos de subjetivización y desubjetivización son centrales para la comprensión de la violencia, apuntando no tanto a esta última sino al lugar de donde procede: el sujeto. De esta forma cada uno apunta a comprender la violencia a partir de distintos procesos de la acción del sujeto: en su creatividad, en la interacción y con su subjetividad.

Ciertamente Wieviorka encuentra en la perspectiva de Joas un punto de coincidencia cuando señala que para él también “...el sujeto tiene un carácter creador [...], de entrada tiene la posibilidad de constituirse en sí mismo como principio de sentido” (Wieviorka, 2004). Con todo, el énfasis que pone Joas en la acentuación de los procesos simbólico-interaccionistas, que permiten observar cómo se van articulando las escaladas de la violencia colectiva, lo alejan de Wieviorka quien da un peso mayor a la construcción de la subjetividad y desubjetividad del sujeto en la violencia. Por otra parte, si bien Joas y Tilly prestan atención a la interacción, el primero

habla de los elementos simbólico interaccionistas, en tanto que el segundo ve en la interacción mecanismos y procesos que facilitan y limitan los medios para desarrollar la violencia. Queda claro que la mayor diferencia teórica se localiza entre Tilly y Wieviorka: ambos caminan por vías distintas en la medida en que Tilly trata de fundamentar su propuesta en los mecanismos y procesos más que en la subjetividad a la que apela Wieviorka⁴.

De esta forma lo que se tiene es un espectro teórico que dirige la mirada a la acción pero subrayando elementos específicos y particulares que hacen poco probable el pensar en una síntesis, a riesgo de caer en un modelo sumamente fragmentado y construido con base en yuxtaposiciones sin un orden de coherencia. Quienes tomen la posición de Joas terminarán resaltando los aspectos de la interacción simbólica en la comprensión de las escaladas de violencia, mientras quien se sume al punto de partida de Tilly habrá de dar cuenta de los mecanismos y procesos que desatan los hechos de violencia, en tanto quien se adhiera al análisis de Wieviorka tendrá que explorar principalmente en la construcción de subjetividades. No obstante y pese a todo esto, las tres teorías expuestas aquí parecieran reafirmar la preocupación por el análisis de la acción y sus sujetos. La forma en cómo se construye, en este caso la violencia, desde una cierta centralidad del sujeto, resulta relevante y no debe considerarse como una mera coincidencia, sino quizás como un intento por comprender una situación específica de la modernidad –y cada propuesta define un tipo particular de modernidad– que localiza al individuo en el centro de la reflexión de

⁴ No es aquí el lugar para desarrollar esta discusión, donde Wieviorka acusa que la propuesta de Tilly se encuentra dependiendo aún de una cierta perspectiva que subraya la movilización de recursos –y que él considera dentro de la tradición utilitaria–, una acusación que Tilly niega en el libro que aquí se trabaja. Sin embargo, esta discusión no interesa en este documento en tanto se trata de mostrar solamente las vías por las que discurre la teoría de la violencia más que centrar la mirada en el debate particular de estos autores.

las sociedades contemporáneas de hoy en día: la posibilidad que tiene de crearse a sí mismo a partir de la esfera de la producción de sentido (Martucelli, 2002). Las teorías de la violencia parecen, al menos en los trabajos que aquí se han presentado, ir en esta dirección pese a sus diferencias profundas y, sin embargo, habría que indagar si esta situación no debe obligar entonces a cuestionarse por las condiciones que hacen posible que este tipo de reflexión se convierta en hegemónica; es decir, preguntarse por los soportes que han permitido resaltar la emergencia de estas dos particularidades: el sujeto y su violencia, lo que implicaría necesariamente prestar atención a las posibilidades objetivas de constitución del sujeto como productor de violencia⁵. Esto, como sugiere Castel (2003), es otro tipo de proyecto que pregunta por el sujeto en otra escala de problematizaciones o, para usar sus palabras, en “otro plano” de la construcción del sujeto. Pero esto sería una historia diferente, otra línea de investigación de la teoría sociológica sobre la violencia en la que quizás habría que reflexionar a futuro con mayor profundidad y que por el momento sólo se puede plantear su posibilidad. 🐾

BIBLIOGRAFÍA

- Augé, Marc (2002), *Diario de guerra: el mundo después del 11 de septiembre*, Barcelona: Gedisa.
- Baudrillard, Jean (2003), “La violence du mondial”, en Jean Baudrillard y Edgar Morin, *La violence du monde*, Paris, Institut du monde Arabe et Le félin.
- Besteman, Catherine (2001), “Political violence and the contemporary world”, en Catherine Besteman (Ed.) *Violence, a reader*, New York: New York University Press.
- Bienen, Henry (1968), *Violence and social change. A review of current literature*, Chicago: University of Chicago Press.
- Castel, Robert (2003), *Propiedad privada, propiedad social, propiedad de sí mismo*, Buenos Aires: Homo Sapiens.
- Collins, Randall (2004), *Interaction ritual chains*, Princeton: Princeton University Press.
- Dubet, François (1994), *Sociologie de l'expérience*, Paris: Seuil.
- Gray, John (2004), *Al Qaeda y lo que significa ser moderno*, Argentina: Paidós.
- Joas, Hans (1999), “The modernity of war; modernization theory and the problem of violence”, en *International Sociology*, vol. 14, núm. 4; pp. 457-472.

TEORÍA

Repensar la violencia

- (2000), *The genesis of values*, Chicago: Chicago University Press.
- (2005), *Guerra y modernidad. Estudios sobre la historia de la violencia en el siglo XX*, Buenos Aires: Paidós.
- Lahire, Bernard (2005), *L'esprit sociologique*, Paris: Éditions la Découverte.
- Lyon, David (2003), *Surveillance after september 11*, Cambridge: Polity Press.
- Martuccelli, Danilo (2002), *Grammaires de l'individu*, Paris : Gallimard.
- Quéré, Louis (2004), "Pour une sociologie qui sauve les phénomènes", en *Revue du MAUSS*, núm. 24, pp. 127-146.
- Rule, James (1988), *Theories of civil violence*, Berkeley: University of California Press.
- Shoemaker, Donald, (1990), *Theories of delinquency, an examination of explanations of delinquent behavior*, New York: Oxford University Press.
- Tilly, Charles (1978), *From mobilization to revolution*, Massachusetts: Addison-Wesley.
- (1986), *La France conteste de 1600 à nous jours*, Paris: Fayard.
- (2003), *The politics of collective violence*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Wieviorka, Michel (1988), *Sociétés et terrorisme*, Paris: Fayard.
- (1999), *Violence en France*, Paris: Seuil.
- (2004), *La violence*, Paris: Balland.

Recibido: septiembre de 2006
Aceptado: octubre de 2006